

Juan Millán Millán

Apología a la paz

Han llamado a las puertas de mi corazón. Las virtudes, engañadas mil veces por las mentiras del hombre, se niegan a dejar pasar a nadie. Pero siguen llamando con insistencia. Cabizbaja y meditabunda, la Curiosidad que siempre está cerca de la puerta, andaba de un lado a otro, pero el Orgullo, feroz dictador de los corazones, la miraba de reojo y no la dejaba acercarse y mirar. La Prudencia se entrevistó con el Entendimiento y estuvieron discutiendo sobre la necesidad de abrir. ¿Y si fuera el Amor? Quizás, (aunque era casi imposible) podría ser la Felicidad. Después de mucho departir llegaron a la conclusión de que no podrían abrir sin un mandato directo del Orgullo. Pero, he aquí que vieron venir a la Seriedad y a la Lógica. Venían las dos hablando con unas frases comedidas; con ellas venía la Serenidad, que escuchaba con ojos semicerrados todo lo que hablaban.

-¿Tenéis un momento?- preguntó la Prudencia.

-¿Qué deseáis?- dijo la Seriedad. Preguntad ...lo que queráis, pues de todos es sabido que somos amigas.

-¿Pues verás?- siguió la Prudencia- hace unos momentos llamaron a las puertas de esta mansión. Pero ya sabéis como están las cosas desde que murió la Confianza. Hemos estado discutiendo sobre que hacer y no llegamos a un acuerdo: es por ello que deseamos vuestra opinión.

-¿Habéis mirado haber quien era?- interrumpió la Lógica- no nos deja el orgullo dice que no abrirá a nadie. Y llegados a este punto no sé... De pronto se escuchó una gran voz, era como un trueno en medio de la campiña, todos quedaron boquiabiertos, expectantes. La voz salía de una estancia situada al final de un largo pasillo que terminaba en un espacioso salón, donde reinaba una claridad absoluta y todo era luz y nitidez en derredor. Y allí en el umbral de un enorme portón, se veía una alta figura. Era la señora de esa estancia –La Verdad-

-¿Qué ocurre?- preguntó.

Por doquier se veían los corrillos, de estar todos mudos, pasaban a murmurar entre ellos, con susurros casi inaudibles.

-Tenemos un problema Majestad- dijo la Tranquilidad.

-Se puede saber qué problema es ese que no podéis arreglar, habiendo como habeis, tantas virtudes juntas. Todas callaban. La Verdad alta, resplandeciente y con voz mesurada siguió diciendo:

-A ver, dime de qué se trata.

-Majestad- (ahora la tranquilidad se le unió a la seriedad) han llamado a la puerta, y nadie se atreve ni siquiera a mirar.

-Yo quise mirar- dijo la curiosidad con tono de reproche- pero el orgullo no me dejó.

-Cállate insensata- le espetó la Seriedad- bien dejad de discutir y llamar al Orgullo.

Al momento apareció una figura altiva, con la frente muy alta y seria, de pasos firmes.

-Dime, ¿quién llama con tanta insistencia y por qué le niegan el paso?

-Majestad, cuando todos andaban atareados, cada uno en sus quehaceres, llamaron a la puerta, me asomé por la rendija y vi tendida en el suelo a la Inocencia. Pensé abrir, pero a un lado del umbral vi algunas sombras, miré más fijamente y vi a la Miseria que se escondía junto con la Indigencia, también estaban la Indecencia y el Deshonor. En fin, que me llevaría un buen rato el enumerarle a su Majestad todos los males que acechan al otro lado de la puerta.

Quedó la verdad meditando- qué vengan inmediatamente: La Justicia, la Compresión y la Fe. ¡Ah! Y mirad en la mazmorra a ver si sigue allí la Traición-

Dicho esto, la Amabilidad corrió a cumplir dichas peticiones. Ahora el murmullo de los coros iba en aumento. La Curiosidad y la Ignorancia eran partidarias de abrir. La Experiencia les miraba con aire desaprobatorio. A lo lejos, ya venía la Amabilidad con dos personajes; que por sus vestiduras se podía saber sus nombres. La Justicia venía perfectamente vestida, sus ropas eran austeras, de un corte impecable, donde nada faltaba ni sobraba, sólo había algo que destacaba de una manera inusual: ¡sus ojos!. Si, estaban cubiertos por un velo blanco, pero tan tupido, que sólo se percibían dos puntos brillantes a través de ellos. No era ciega, ella veía todo, pero no dejaba ver sus ojos. Sólo su resplandor llegaba a los demás. Llegó la Justicia a la altura de la Verdad, la Compresión a su lado era un mar de sonrisas. A todos sin distinciones, dedicaba una de sus radiantes miradas.

-Aquí están Majestad- dijo la Amabilidad- y permítame que le diga, que la Fé no aparece por ninguna parte. Me dicen también que la Traición sigue encerrada. ¿Se necesita alguien más?

-Gracias, ya es suficiente!, acercaos- dijo a los recién llegados. Y acto seguido expuso el dilema a las dos divinidades. La Justicia no se inmutó por nada de lo oído. Por el contrario la Compresión, oía entristecida todo lo que le decían, y en su cara se iban apagando poco a poco la sonrisa, para dejar paso a un ligero rictus de dolor en sus facciones. Todos escuchaban en silencio. Una vez oído lo expuesto, habló con voz tranquila la Justicia. En sus facciones no se veía alteración ninguna. Y habló de tal manera, que la Seriedad y la Prudencia estaban absortas mientras escuchaban. La Envidia estaba roja como si fuera explotando de un momento a otro. La Lógica y la Verdad asentían en silencio y todos los demás callaban, mientras que embelesados oían a esa gran oradora. Después de mucho hablar remató la Justicia:

-Por eso hemos de abrir, pero abrirá la Prudencia y yo estaré detrás con la Verdad-

Dicho esto, se desplazaron hasta la puerta y una vez allí, se acercó la Prudencia al tirador y aún tenía sus dudas. La verdad miró en derredor hasta divisar al Valor, al que hizo un gesto de cabeza y este se adelantó y se puso junto a la dubitativa...Prudencia. Ésta cambió al momento sus dudas por arrojos y abrió, pero lo hizo muy despacio. Cuando se pudo ver el exterior, lo primero que se divisaba era una figura tendida en el suelo. Era la figura de alguien muy joven, su cara estaba enmarcada por decena de pecas y en sus ojos se entreveía la tristeza. Apartose la Prudencia y en dos pasos la Justicia se colocó bajo el umbral. Echó una rápida mirada a la escena vio a uno y otro lado muchísimos elementos negativos. Les miró de reojo y advirtió como enrojecían de vergüenza algunos de ellos, mientras que otros levantaban la frente con el deseo de mostrarse altaneros.

-¿Qué deseáis de esta casa? No sabéis que este no es lugar para vosotros- mientras esto decía la Justicia, miraba con ojos apenados a la pobre Inocencia que aún se hallaba en el suelo y aunque hacía amagos de levantarse, no podía.

-¡¡Deseamos pasar!!-

-Y quién eres tú que te eriges en portavoz de toda esta gentuza?-

-Soy el poderoso Odio, mi fama va....siempre por delante de mi. Tengo sucursales en todas partes y hay pocos corazones que no alberguen mi grandeza. Y he venido a quedarme.

Todos callaban. La Justicia le espetó:

-Y dime, si te dejáramos pasar, si por un casual pudieras vivir en esta mansión, ¿qué aportaríais tú y tus secuaces a esta casa, qué darías a los demás de positivo?.

-En todas partes existe el Odio y si yo me quedara aquí, os enseñaría a odiar, con más fuerza aún, de lo que os puedan odiar y pelearé contra los males que vengan de fuera. Seré como un muro infranqueable donde no harán mella ni el dolor, ni el rencor, ni siquiera los celos y la miseria.. pues como ves, les traigo conmigo y forman parte de mi equipo. Un equipo grande, terrible, majestuoso y odioso- y cuando dijo la última palabra, soltó una sonora carcajada, y todos los que trabajan junto a él (su propio equipo) empezaron a vitorearle, y dándole golpecitos en la espalda, le felicitaban. Los del otro bando, no daban crédito a lo que veían. Estaban todos alborozados; la Miseria; el Rencor, el Deshonor. Todos. Como si de un aquelarre se tratara, todos danzaban extasiados alrededor del Odio, que alzando los brazos interrumpió la escena carnavalesca para seguir diciendo:

-Y para que sepas que vengo de buenas maneras, te he traído a la Inocencia que se hallaba perdida por esos mundos y como sé que residía aquí, la he traído como símbolo de buena voluntad.

-La Inocencia gimoteaba ya incorporada y su mirada estaba fija en el suelo-

-Si es así- dijo la Justicia- déjala que pase.

-No- replicó el Odio- hemos de pasar todos- y diciendo est cogió con fuerzas el brazo de la Inocencia. Ésta ,tierna y frágil se retorció de dolor. El Valor se abalanzó hacia delante y con él, el Coraje y algunas otras fuerzas; incluso la Justicia quería luchar en aquel instante. Pero la Verdad y la Serenidad calmaron los ánimos y aunque se mascaba la tragedia, por el momento sólo se veían ojos furiosos y puños apretados. La Serenidad fue la primera en romper el hielo y se dirigió a todos e esta manera:

-Calmaos por favor, hemos de solucionar esto de un modo civilizado. No olvidéis que somos los elementos que rigen la vida. Por ello os pido un poco de calma hasta que encontremos la respuesta apropiada a nuestro problema.

-Te es muy fácil hablar así desde ahí dentro- le increpó el Rencor. Si vivieras aquí fuera y pasaras las inclemencias que pasamos nosotros día a día, seguro que ahora estarías de nuestra parte-

-Déjala, no ves que no le falta de nada, mira o bien cuidada que está, y observa lo bien que viste- dijeron los celos- Por eso habla así.

-Callaos basura, pues ella cuida del espíritu: guarda todas las virtudes y sabe en todo momento estar a la altura de las circunstancias, y ustedes por el contrario no tenéis ni siquiera identidad propia, pues pasáis de se odio a rencor, de rencor a miseria y así hasta que pasáis por la peores inmundicias que existen- todo esto lo gritó el Orgullo a los que hablaban-

Esto significó que de nuevo se encendieran los ánimos. Menos mal que en aquel grupo de indeseables no se hallaba la incompreensible “Guerra” dueña y señora de toas aquellas fuerzas. Y por ello, aunque los ánimos estaban crispados, no pasaban de los insultos y sólo la Inocencia permanecía callada y ahora se veían lagrimas que cruzaban veloces por sus mejillas y caían la suelo con tanta rapidez y en tan gran medida, que en pocos segundos se formó en la tierra (junto a sus pies) un círculo oscuro y húmedo, donde bien hubiera podido crecer el clavel de la Alegría, o la Rosa de la Amistad, (porque eran lágrimas limpias) pero no, en aquellos momentos todo era negativo a su alrededor y de nacer algo en aquel imaginario vergel, hubiera brotado el zarzal de la incongruencia. Así estaban las cosas aquella tarde. A propósito, ¿he hablado de la tarde?. La tarde era agónica, sí agónica y macilenta , soplaban... un viento que todo lo oscurecía, hasta el firmamento era gris, ceniciento, más bien tirando a triste. Cualquiera podía haber preconizado todos los acontecimientos que ahora estaban sucediendo. Sí, todo estaba en conjunción aquella tarde. Las puertas de la mansión estaban abarrotadas, cualquiera que mirase desde lejos hubiera jurado que se celebraba algún acontecimiento importante. Pero otro el problema y los minutos pasaban sin llegar a una salida coherente. Mientras todo esto ocurría, muy adentro en la mansión, en el interior de la sala de la Conciencia,

una divinidad permanecía con rostro impasible a la sombra rodeada por miles de libros. No era ajena a todo lo que acontecía y espera que las Fuerzas Menores que ella supieran arreglar aquel contencioso. Mientras tanto, se atareaba entre montañas de libros abiertos; índices, códigos, santas escrituras y miles de panfletos, todos ellos (y eso lo sabía ella muy bien) guardaban la fórmula mágica, para hacer que en todos los corazones reinara la Alegría, la Riqueza, el Amor y todas las demás Virtudes; pero día tras día se introducía entre miles de párrafos intentando buscar la Panacea que hiciera posible sus sueños. Las voces provenientes de fuera le hacían volver a la realidad y pensó que sería bueno acudir a las puertas de la mansión. Se levantó, cerró el libro que tenía entre las manos con mucho cariño, y se dirigió al final de la sala para salir al encuentro de los querellantes. Fuera, todo seguía igual. El Odio había inflamado el ambiente y todo hacía pensar en una reyerta de gran magnitud. Las fuerzas del otro bando, estaban un poco divididas. Unos (gracias a la seriedad que iba de un lado impartiendo tranquilidad) deseaban arreglar el problema civilizadamente. Todo iba en aumento; las frases malsonantes; las quejas; los juramentos; puños cerrados con amagos. Por su parte, la feliz Inocencia se había serenado un poco, pero aún seguía con una mano aferrada a su brazo y de vez en cuando era zarandeada con brusquedad, lo que hacía que hacía que arreciaran más insultos y disputas en ambos bandos. Tan ofuscados estaban todos, que nadie advertía una figura, que majestuosa se acercaba silenciosamente desde el fondo de la Sala. Avanzaba lentamente, aunque su paso era firme, su porte altivo, hacía ver que la silueta que se acercaba, era de alguien que lo controlaba todo: el Tiempo; el Amor; la Esperanza; todo. Con solo mirar su imagen se podían presentir todas las virtudes y deseos que desde la ignota noche de los tiempo, ha buscado el hombre; Paciencia; Bondad; Orgullo; Orgullo; Serenidad; Sabiduría; etc. Así de maravillosa era la identidad de la figura que venía caminando. No obstante se trataba de la dueña y señora (indiscutible) del corazón que nos ocupa. Poco a poco se iba acercando, cuando llegaba a la altura de los corrillos, estos guardaban silencio. Pero era un silencio respetuoso, el mismo silencio que guardan las aves cuando llega (su dueña) la noche. Conforme avanzaba la figura, todas las gargantas se iban callando; hasta los pensamientos quedaban en suspenso, todos sabían que ella era la dueña, y sin ella ninguna tenía razón de ser. Al pensar en ella, todos imaginaban Sabiduría, Madurez, Austeridad...pero nadie sabía de sus cuitas internas: nadie entreveía la sombra de dudas que aveces atemorizaba a su alma; nadie había visto el miedo en sus ojo; ni jamás vieron el temor de sus espíritu. Era la Grandeza personificada, pero incluso en ese estado de pureza, había incertidumbres: desmayos y algún que otro sentimiento que aún no lograba controlar a pesar de toda su sabiduría. Se acercó lentamente a la puerta y ya sabía cual era el problema. No obstante vinieron presurosas a ella la Justicia y la Verdad y en pocas palabras le expusieron el caso y le hicieron partícipes de sus temores. Callaba: su mirada severa ahora veíase fría y sus ojos penetraban en cada una de las almas allí reunidas. Buscó rápidamente a su oponente y no la halló. Si la hubiese visualizado, su rostro no hubiese cambiado ni un ápice. Pero el mero hecho, de saber que no estaba allí, la hizo adoptar una postura más cómoda, aunque nadie ni el más susceptible, se dio cuenta de ello. Analizó el problema; buscó una salida airosa y no pudo por más que mirar de soslayo al Odio, que siendo de naturaleza bélica delante de esa divinidad permanecía callado y bajaba los ojos porque era incapaz de sostener su mirada. Y quizás fueron esos ojos los que hicieron que abriera sus manos y dejara libre a Inocencia; ésta tímida y callada, dio unos pasos con la mirada baja y al ver que nadie se fijaba en ella se dirigió presurosa hacia el umbral de la puerta. Allí quedó parada junto a la Verdad y al Justicia. Miró de reojo hacia la mayor autoridad, esperando encontrar un gesto de desaprobación. Fue subiendo la mirada lentamente...hasta

encontrarse con sus ojos. Pero no vio ningún reproche en ellos. Sólo veía tranquilidad, sosiego, Calma, Sabiduría. Sí, parecía que todas las fuerzas positivas que había allí en ese momento, resplandecían en sus ojos; todas moraban allí, hasta ella misma se podía ver reflejada en aquellas límpidas pupilas. Cuando su Majestad le miró, ni siquiera bajó los ojos, se encontraba feliz mirándose en ellos. Y donde creyó que encontraría dureza, halló una dulzura, incomprensible para su corta edad. Ella, que se había marchado sin consultar con nadie; que un día traspasó las puertas y se fue a vivir un mañana incierto: sin saber donde iba y empujada por su presurosa Juventud. Ahora era recibida con benevolencia. Esto le hizo bajar los ojos y acercarse un poco más a la Justicia quizás buscando el amparo se acercó tímidamente y de nuevo, halló calor donde pensó encontrar recelo. Quedó tranquila y sosegada. Pero el problema seguía ahí, había que rechazar a esas fuerzas, e impedir por todos los medios que entrasen. El último personaje en aparecer, había cogido las riendas del problema. Y estaba comentando:

-¡Ay! Odio, cuando pararás, cuando dejarás de ir de un lado a otro encendiendo discordias; cuando dejarás de anidar en los corazones sencillos, que por esa misma sencillez, se rinden a ti. Y así, cada día te sientes más fuerte y ufano. Pero has de saber que aquí no puedes incubar a los hijos de la Ira, ni cría a los cachorros de la Sinrazón. Además, estando yo aquí, no hay sitio para ninguno de vosotros-

Todas las fuerzas a las que hacía mención, callaban. Parecía como si todos reparan (una tras otra) sus vidas. El silencio era tan espeso, que parecía flotar una neblina gris alrededor de ellos, ya que gris es el color de sus esperanzas y deseos. Habló el Odio – vacilante-

-De acuerdo, reconozco que no sabía que habitaras aquí; y reconozco también que cada vez que me enfrento a ti pierdo la batalla. Pero todo tiene su fin, y tarde o temprano sobrevendrá tu derrota. Hasta entonces, he de marchar, no sin antes recordarte que existe otra divinidad tan altiva como tú; poderosa y guerrera con miles de lecciones dispuestas en todo momento para la lucha. Y aunque hoy está lejos, yo me erijo en su portavoz y te prevengo: tu reinado existirá hasta que mi señora venga triunfante hasta las puertas de tu mansión-

Dicho esto se volvió para marchar.

-Haces bien en irte: pero antes de partir te daré un presente para que te acompañe en el camino de regreso- volvió el rostro con atrevimiento el airado Odio, y vio a dos figuras que traían a la traición bien agarrada. Estas dos virtudes eran el Orgullo y el Valor que cumpliendo el mandato de la señora de la casa, habían traído desde las mazmorras a este personaje gris, desaliñado y con la mirada semicerrada, lo que hacía casi imposible prever sus intenciones. Le desataron las muñecas y de un empujón lo acercaron hasta donde se encontraba el Odio. Resplandecía de alegría el rostro del Valor, y el Orgullo, miraba fijamente a la agredida Traición, que agachaba la mirada, y de reojo acechaba a la figura, mientras que para sus adentros, se hacía miles de juramentos, todos cargados de maldades e ignominias. Todo estaba claro, había que marcharse, el Odio se dispuso a hacerlo, pero antes replicó:

-Vine a tu puerta y traje una virtud y tu me pagas con la traición . sabes, podría debatir contigo acerca de la necesidad de que te marches con la imagen que tú mismo has creado, hacia otras mansiones (que por desgracia las encontrarás). Pero no deseo perder el tiempo- dicho esto le volvió la espalda y se marchó hacia sus aposentos. Sus pasos se dirigían lentamente hacia la sala de la Conciencia. Todo había pasado, las miradas se entrecruzaba y unos y otros agachaban los ojos (al paso de Ella) como avergonzados, por no haber sabido arreglar el problema, y haber sacado de sus libros y de sus “búsqueda” a la Señora. Y con sólo su magnánima presencia, toso había concluido. De nuevo las puertas se cerraron. La curiosidad se asomó por la rendija y vio una horda de

seres horribles, que marchaban apiñados y lanzando miradas furibundas hacia detrás, mientras hacían aspavientos con los puños cerrados en dirección a la puerta. Asustada cerró la rendija, y la darse la vuelta, se encontró con los ojos inquisitivos del Orgullo que la miraba con atisbo de sorna al verla tan asustada. Dentro todo volvía a la normalidad. Poco a poco se iban desgranando las pequeñas tertulias que se habían formado alrededor de la Inocencia. Una figura seguía su lento caminar pasillo arriba, cuando llegó al umbral de la puerta, se volvió. Todos los allí reunido quedaron expectantes. Los ojos de aquella silueta buscaban a alguien. Y al encontrarlo le miró sonriendo y le dijo:

-No te sientas culpable de nada. Quiero que sepas que me alegro de volver a tenerte entre nosotros, y deseo no perderte jamás.

Dicho esto se adentró en la Sala y cerró las puertas muy despacio, como si no quisiera espantar a los millones de espíritus que dormían en los antiquísimos libros allí guardados. Fuera, la Inocencia lloraba, pero no era la Tristeza la que estaba a su lado; estaba rodeada de la Verdad y de la Comprensión, y cada lágrima que salía del amanecer de sus ojos, era recogida por la Alegría que la miraba con una carita traviesa y dos grandes hoyuelos a cada lado del rostro.

-¿Por qué lloras?- le preguntaron

-Porque jamás tuve tan cerca de la Paz- dijo la Inocencia- aún con lágrimas en los ojos. Todo esto no es un sueño es la realidad natural de un corazón cansado de lo negativo. Y no, no soy un iluso. Sé que hace falta mucha Inocencia; mucha comprensión y muchos corazones (cansados o no) que busquen lo que el hombre trae a la tierra al nacer. Paz en el espíritu y amor en el corazón. Dedicado al hombre. Él puso la palabra “Guerra” en la historia. Y él ha de velar para que, la palabra “Paz” prevalezca en los libros que han de leer las próximas generaciones.